

24-5-2023

CONCURSO DE RELATOS

Aprender a aprender

Ignacio Arellano Salafranca

Píñanos

Aprender a aprender

En homenaje a Don José, profesor de Literatura e Historia del Arte en el colegio de Santiago del CHOE «El Bajo»

LA URGENTE NECESIDAD DE UNA DIDÁCTICA DEL ESTUDIO ENSEÑAR EL «APRENDER A APRENDER»

El título y tema de este artículo es un reconocimiento para todos aquellos profesores que tienen y han tenido como divisa el “enseñar a aprender”, porque esto es más importante que los propios contenidos.

Toda persona sabe que la humanidad está confrontada al hecho de que sin incrementar el capital humano nuestro modelo productivo poco cambiará. Se precisan muchas cosas para mejorar el nivel de aprendizaje de nuestros jóvenes, pero de lo que les voy a hablar verán que es una cuestión clave. En la universidad actual “el modelo Bolonia” exige, además, que los contenidos pasen a tener en cuenta el desarrollo de las “competencias genéricas”. ¿Como afrontar este reto que todavía complica más el “enseñar a aprender” si muchos de nuestros profesores universitarios ven el poder apartarse de las clases como una liberación para dedicarse a “investigaciones” y “papers”, que les son unos buenos haceedores de “currículum” y base de publicaciones, pero que dejan olvidada la faceta docente en demasía? Si el enseñar en clase o en tutorías se ve como un fastidio, si solo sabemos quejarnos del bajo nivel con el que nos llegan los alumnos y si nos parece poco motivador el tener que “enseñar a aprender” incluso lo más elemental y ya parecemos cansados del tener empatía con el alumno para ver el cómo este puede mejor entender y “aprender a aprender” no merecemos nuestra profesión y desertamos de un deber fundamental.

¿De qué profesor de nuestros años de bachillerato, más nos acordamos?

Yo tengo un ejemplo que nunca he olvidado, en los últimos años del bachillerato como alumno interno en el Colegio de Huérfanos de Oficiales del Ejército en Madrid, allá por los años 60 del siglo pasado, teníamos a un profesor de literatura y de historia del arte, totalmente fuera de lugar para aquellos años y aquel colegio.

Aprender a aprender

Persona frágil, risible para algunos alumnos, enfermiza y objeto de frecuentes bromas por parte de sus colegas, pero enamorado de su bien hacer. Era “el maestro” en su más genuina expresión.

¿Qué hacía? Lo primero, interesarnos. Decía que si no empezábamos por leer cosas sencillas y atractivas o escuchar música clásica simple y divertida (allí, ¡en su propia clase! oí por primera vez la “Para Elisa” o “la 40 de Mozart”), no podríamos luego disfrutar con la buena literatura, con la música o con el arte en general y así nos dio a leer obras en esa línea.

Recuerdo como una de las primeras fue un libro de Mariano José de Larra: “El doncel de D. Enrique el Doliente” donde su carácter detectivístico nos llevó a leerla a todos de cabo a rabo y a exponer nuestras opiniones en clase y así con muchas otras obras clásicas. No teníamos dinero ni posibilidades de ir al teatro, pero él se las ingeniaba para traerse un tocadiscos y reproducir de antiguos “vinilos” obras de Lope, Calderón, Tirso, Lorca...

Los análisis gramaticales, que desde siempre habían sido algo tedioso o complicado, nos los introducía con esquemas y reglas nemotécnicas. Recuerdo que teníamos un libro de texto impuesto (que hoy sería un “anti todo pedagógico”) de una editorial clásica en aquel tiempo... Bien, pues el citado libro casi no lo abrimos nunca y, sin embargo, fuimos el único colegio que en la reválida de sexto pasó aquel año todas las pruebas de literatura en el instituto San Isidro de Madrid. Con él aprendimos que la poesía era, antes que rima, ritmo de las sílabas y música de las palabras y nos precavía ante el peligro de que preocupándonos tanto por la rima podíamos acabar en “ripiosos” antes que en poetas. (¡Cuanto lo agradecí poco después cuando enamorado compuse muchos poemas!)

¿Cuál era su secreto? Estaba claro: antes de enseñarnos literatura o historia del arte nos enseñó a estudiar ambas cosas y nos hizo descubrir la belleza y la emoción con la que uno debía dejarse llevar ante una obra de arte. También supo mostrarnos que no debíamos avergonzarnos de sentirnos emocionados, de llorar o de reír ante lo que esa obra de arte, ya fuese teatro, cine, pintura, escultura, libro..., presentaba, mostraba o decía.

Aprender a aprender

La “didáctica del estudio”, el enseñar a estudiar para que el alumno “aprenda a aprender” es, antes que todo, un acto noble y, para mi querido profesor D. José, era también un acto heroico para aquellos tristes y oscuros años. Nunca creo hubiese él sabido hablar de “contenidos procedimentales”, ni de “evolución curricular”, pero tenía experiencia y “saber hacer” para enseñar a estudiar. Así, nos obligaba a llevar unos cuadernos, “los siglos” los llamaba él, donde en forma apaisada y en columnas nos hacía, a modo de ejercicio, reflejar en una de ellas los acontecimientos histórico-políticos de cada época, en otra la producción artística y literaria y en otra los rasgos más significativos de esas obras. No solo favorecía la memoria y evitaba la curva del olvido, sino que en todo momento sabíamos situar una obra o un autor en su contexto y en su escuela o movimiento artístico, cultural o literario. (Esos cuadernos, que aun guardo con todo cariño, han vuelto a servir a mis hijos y a mis nietas para estudiar literatura e historia del arte).

No creo que pudiera darse mejor forma que la suya para enseñar rápidamente, sin molestias, con rigor y solidez. Para nada su método era superficial, al contrario, era capaz de interesar y motivar por la literatura y el arte en un contexto en donde se primaba el esfuerzo físico, los deportes, las matemáticas y las ciencias, habida cuenta de que nuestro futuro era para la mayoría la milicia.

Muchos años después. ¿Cuántos profesores deficientes? ¡cantidad! De ellos solo recuerdo un orden de magnitud, no sus nombres, como sí me ocurre con los buenos. Si de aquel escritor y periodista famoso de principios del siglo pasado se decía que antes de entregar un artículo al periódico por la mañana, se lo hacía leer a su criada y que, si esta parecía que lo entendía, él lo volvía a escribir, enmarañándolo, para que así fuese más oscuro y aparentemente más “científico”, igualmente de bastantes de nuestros profesores podía decirse algo similar. (Les dejo a ustedes el juzgar esto en la actualidad).

La didáctica del estudio es clave. Saber, es condición necesaria en el profesor, pero el saber enseñar y el enseñar a aprender es fundamental. Ganar una oposición puede dar el derecho legal a enseñar pero, tristemente, puede ser una quiebra para multitud de vocaciones y proyectos vitales de cantidad de alumnos a quienes toca en mala suerte un profesor erudito, sabio tal vez, pero poco motivado y sin vocación por enseñar,

Aprender a aprender

que no disfruta con el ver la progresión cultural de los participantes en sus clases, que no sabe apreciar la belleza de esa sonrisa, casi imperceptible, del alumno que ha comprendido un punto o un tema o que ha descubierto algo que antes se le resistía y que ve que será clave en su vida. El profesor que no disfruta con ese acto tan sencillo: “la sonrisa de la comprensión”, que yo le llamo, no merece ser profesor por muy eminencia científica que sea. No siempre el más erudito, el que más sabe, es el mejor para esta función, de eso estoy convencido. Si no se tiene una humildad inicial para hacerse como niño y aprender que se debe “enseñar a aprender antes que exponer”, poco puede hacerse.

Nuestro gran filósofo Ortega y Gasset dijo que la claridad es la cortesía del científico y esa es una buena definición de por donde comenzar en la didáctica del estudio. Hay que tener, como mi profesor D. José, la divisa del ser claros, concisos y concretos (como Teresa de Jesús, nuestra gran autora del siglo de oro, lo pedía para todos los escritos que recibía y que a sí misma se aplicaba en los que redactaba). Hay que estar preocupados, en definitiva, por cómo los alumnos pueden aprender y llegar a saber y no por demostrarles lo mucho que sabemos.